

---

**voces**

---

**Cómo toma el sentido común  
a la filosofía – presentado  
en las obras del señor Krug**

Traducción de **Fernando Forero**

Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

**G. W. F. HEGEL**



### Presentación (a cargo de Fernando Forero)

Presentamos la primera versión en español del texto *Wie der gemeine Menschenverstand die Philosophie nehme, - dargestellt an den Werken des Herrn Krug's*, elaborado por G. W. F. Hegel y publicado en el *Kritisches Journal der Philosophie* que circuló en Jena entre 1801 y 1803. En la introducción a la revista en cuestión los entonces amigos Hegel y Schelling habían señalado que se proponían perfilar la filosofía especulativa en contraposición con la filosofía no especulativa. El ensayo que aquí traducimos fue publicado por Hegel en enero de 1802 y versa sobre W. T. Krug (1770-1842), un contemporáneo y compañero de él en la época. Este texto es uno de los primeros testimonios del pensamiento de Hegel, uno que le permitirá continuar perfilando su filosofía en relación con las perspectivas contemporáneas de la misma. ¿*Qué se quiere decir con la expresión «la pluma del señor Krug»?* Según Krug, el idealismo fracasó en su exigencia de deducir «todo el sistema de nuestras representaciones». Para él, este proyecto se lograría y lo convencería si «algo poco», por ejemplo, «*la luna* con todas sus características» o también «su pluma» fuese deducida. La posición es de interés porque pone en evidencia un malentendido que no pocas veces se presenta en relación con el idealismo, y al que Fichte y Schelling (no Hegel) contribuyeron en algunas ocasiones a consolidar.

La malcomprensión consiste en que se asume que la filosofía especulativa, al reivindicar que encontró algo así como la fórmula del mundo en su totalidad desde la cual todo lo singular, hasta lo más inmediato como una pluma de ganzo que permite escribir y que alguien ahora mismo puede tener en la mano, podría ser realizado o deducido. Lo que se demanda a la filosofía especulativa es entonces que todo lo finito sea reclamado desde un infinito trascendente. Hegel señala que la filosofía especulativa pone en evidencia cómo el pensar engendra la estructura racional del mundo, pero no del mundo empírico, casual y accidental, pues esa sería una tergiversación que puede resultar fatal

en la medida en que asumiría que el pensar es una suerte de demiurgo que genera cosas materiales. Ya en este escrito Hegel muestra que la filosofía especulativa trabaja a un nivel lógico; no es que cree la realidad objetiva y empírica como si el pensar fuera un artesano que configura un mundo, como un demiurgo. De lo que se trata es de que el pensar despliegue la estructura conceptual de la realidad. El pensar especulativo se manifiesta y desenvuelve hasta el punto en que pone en evidencia una estructura conceptual que está presente en toda realidad objetiva. Los conceptos describen la totalidad de la realidad, de modo que se pueden mostrar en la realidad empírica de algo, pero no son primariamente empíricos.

La filosofía idealista no niega que haya perspectivas sobre las cosas y sobre los estados de cosas en los cuales se manifiestan contingencias puramente empíricas; lo que sostiene es que el pensar reconoce que, por ejemplo, no se puede comprender el sentido determinado de un hecho empírico casual sin tener previamente claridad sobre el sentido de lo que es conocer o sobre la necesidad del concepto que allí se presenta. En esta misma dirección, Hegel muestra contra el señor Krug que lo empírico no es el fundamento de lo conceptual, sino que el pensar especulativo va por su propio despliegue y que lo empírico solo se muestra desde allí. El punto de partida de la especulación no es lo desgajado y abstracto, sino el *logos*, lo real y concreto, desde donde lo casual se muestra como necesario, la parte como el todo. – En el fondo, el problema del señor Krug es que trata lo absoluto como si tuviera el mismo rango que lo contingente. Por lo mismo la filosofía especulativa no puede «deducir» su pluma, pero no porque no sea real su utilidad, sino por su casualidad irreductible.

Las versiones utilizadas para la presente traducción son el tomo dos dedicado a los escritos de Jena de las obras completas de Hegel editadas por Suhrkamp (Frankfurt am Main, 2016), y el tomo IV, publicado bajo el título *Jenaer kritische Schriften*, de las *Gesammelte Werke* de Hegel editadas por la Academia (Hamburg, Felix Meiner, 1968).

Por lo demás, agradezco a la Facultad de Humanidades de la Universidad Pedagógica Nacional por apoyar esta traducción mediante el proyecto de facultad «Hablemos de formación. Perspectivas desde Goethe y Hegel». También agradezco al profesor Jorge Aurelio Díaz por leer cuidadosamente la primera versión del texto, por sus muy acertadas recomendaciones a la traducción y por compartir conmigo su notable acervo filosófico e intelectual que fue decisivo para reconocer ciertos asuntos que el texto ponía en juego. Con el profesor Díaz tengo una deuda en toda mi formación y en especial ahora que me ha acompañado en el interesante oficio de traducir. Le doy gracias por su delicado y vivo apoyo.

Fernando Forero  
Universidad Pedagógica Nacional (Colombia)

## Cómo toma el sentido común a la filosofía – presentado en las obras del señor Krug<sup>1</sup>

I. *Cartas sobre la Doctrina de la ciencia*. Junto con un manual sobre la determinación de las creencias religiosas por parte de las mismas. Leipzig, Roch y Komp. Edit. 1800

II. *Cartas sobre el más reciente idealismo*. Una continuación de las Cartas sobre la Doctrina de la Ciencia. Leipzig en la librería de Heinr. Müller. 1801

III. *Esbozo de un nuevo Organon de la filosofía*, o intento sobre los principios del conocimiento filosófico. Por Wilh. Traugott Krug, profesor adjunto de la Facultad de Filosofía en Wittenberg. Τι πρῶτον ἐστὶν ἔργον τοῦ φιλοσοφοῦντος;—ἀποβάλλειν οἴησιν. Arriano. Meissen y Lübben por K. F. W. Erbstein. 1801

Los esfuerzos filosóficos del señor Krug se dividen en dos vertientes, una de las cuales se dirige polémicamente contra el idealismo trascendental, mientras que la otra se refiere a lo que el señor Krug llama sus propias convicciones filosóficas.

Ahora bien, por lo que respecta al proceder polémico del señor Krug, se supone que el punto de vista que se da a sí mismo contra la Doctrina de la ciencia debe ser el del escepticismo (p. 5, Prefacio) y, en efecto, de una manera tan propia del escepticismo que el señor Krug no argumenta a partir de sus propias convicciones (por qué no, se hará evidente con ocasión de las cartas sobre el idealismo trascendental y, especialmente, del *Organon*, donde el autor expone sus propias convicciones), sino a partir de la Doctrina de la ciencia misma, y el señor Krug opina que con sus cartas se debe iniciar una investigación científica. Teniendo en cuenta el carácter subjetivo del pronunciamiento, es un verdadero placer escuchar la sobriedad, ecuanimidad y rectitud del autor. «La Doctrina de la ciencia», dice, «ciertamente ha sido hasta ahora bastante frágil, y en su mayor parte ha reprendido a sus oponentes en un tono bastante descortés; pero no se puede negar que en algunos casos se ha limitado a hacer uso del derecho a réplica, y si al hacerlo ha sobrepasado de vez en cuando las fronteras del mismo, esto se debe derivar quizás más del vigor con el que entró en el campo de batalla que de una disposición hostil». El autor no ha tomado parte hasta ahora en esta disputa, porque creía que era su deber examinar primero un sistema más de cerca por sí mismo antes de presentarse con una prueba abierta. Con la noble y caritativa conciencia de este deber cumplido, ahora trataba la Doctrina de la ciencia con la atención que le era debida, no se oponía a ella con rencorosas consecuencias, sino con razones, y, si no se equivocaba del todo de sus adversarios, no temía ningún trato contrario, pues tenía una opinión demasiado favorable de

1 En: *Kritisches Journal der Philosophie*, Vol. I, Parte 1, [enero] 1802; véase la reseña de Hegel en la *Erlanger Literaturzeitung*, p. 164 s.

ellos como para no esperar ser tratado de manera diferente. ‘Si, *no obstante*, se viera engañado en sus esperanzas, *abandonaría sus investigaciones*; la justa y digna razón en este caso es que una disputa literaria conducida con calor apasionado *rara vez* produce *algo inteligente*, y al final sólo se da *un escándalo* a los espectadores, *que lleva a la ciencia y a sus custodios* (entre los que también se cuenta el señor Krug) *al descrédito público*’.

En la primera carta, el señor Krug nos dice lo que encuentra aceptable en el idealismo trascendental; explica en la p. 14 que no *encuentra* el yo tan *ridículo* ni tan *impensable* como algunos parecen encontrarlo; ¿Qué, entonces, pregunta él, es tan incoherente que pueda hacer gracia o *incluso* esbozar una sonrisa a una *persona inteligente*, si llamo yo a lo que pienso por «*abstracción*» (así lo escribe el señor Krug)<sup>2</sup> de todo lo que no me pertenece? – *También le parece muy justificada la exigencia*: «Presta atención a ti mismo, aparta tu mirada de todo lo que te rodea y dirígete a tu interior»<sup>3</sup>. – *Además, no tenía nada en contra*, etc., *y finalmente no podía considerar* el idealismo como una teoría filosófica *tan peligrosa* como muchos parecen pensar que es. Desde estos puntos de vista, no sabe nada que se le pueda contraponer al «*idealisme*» trascendental (como declina el señor Krug: «*organisme*», «*dogmatisme*»; en genitivo: «*idealismes*», «*organicismes*», «*realismes*», etc.); *pero si tiene alguna otra debilidad*, se verá en lo que sigue.

Aquello en lo que el señor Krug da su aplauso al idealismo trascendental constituye el contenido de la primera carta; pero lo recorre todo ese tono presumido y autocomplaciente de la justicia y la sobriedad y este aburrimiento de los modales.

Pero lo que el señor Krug aporta contra la Doctrina de la ciencia, y lo que él llama un *examen detallado*, p. 79, va entre las páginas 24-52, pues la tercera carta sólo tiene que ver con los nombres de «*idealisme*», «*dogmatisme*» y «*realisme*»; es cierto que en lo esencial los nombres *no* son importantes, pero al contraponerse al «*dogmatisme*» se rompe ya de antemano, *por así decirlo*, la férula sobre todos y cada uno de los adversarios de la Doctrina de la ciencia, y precisamente por ello se niega todo acceso al espíritu de examen imparcial, al que, *después de todo*, se ha llamado tan a menudo y tan enfáticamente. – Para evitar ese peligro, el señor Krug divide el dogmatismo en términos materiales en idealismo, que niega la realidad del mundo exterior, y realismo, que *admite y afirma* la realidad; – pero esta división omite el idealismo trascendental, ya que no se limita a conceder –pues en los sistemas filosóficos no se trata

2 Krug escribe equívocamente *Abstrakzion* en lugar de *Abstraktion*; hay allí un error ortográfico. Vertemos «abstracción» por *Abstrakzion*, en lugar de «abstracción» (que sería la traducción de *Abstraktion*), para seguir el juego de palabras (la ironía) de Hegel. Lo mismo cuenta para lo que sigue en este párrafo: Hegel señalará el modo equívoco como Krug emplea los términos «idealismo», «organismo», «dogmatismo», etc. En todo ello hay errores ortográficos, que hemos puesto en español. [N. del T.]

3 cf. Fichte, *Erste Einleitung in die Wissenschaftslehre*, SW, Vol. I, p. 422.

de conceder—, sino que afirma la realidad del mundo exterior además de su idealidad, y la parte teórica de la Doctrina de la ciencia no va más allá de una deducción de la realidad del mundo exterior.

El examen detallado en sí mismo (pp. 24-52) de la Doctrina de la ciencia se dirige a un solo punto, a saber, que el señor Krug no puede soportar la limitación del yo: «Pues se supone que el yo se *limita* a sí mismo, y no *con libertad y arbitrariedad* (una buena composición), sino *según una ley inmanente de su propia esencia*»; y, sin embargo, el fundamento de la autenticidad del idealismo trascendental se basa en el interés de la independencia; y también yo, dice el señor Krug, estoy muy interesado *en mi independencia* junto con el amigo al que dirige estas cartas y con el autor de la *Doctrina de la ciencia*; que Fichte se haya asociado con el señor Krug y con su amigo como parte interesada común en la independencia del señor Krug, tal y como el señor Krug relata aquí, era algo desconocido por el público. Sin embargo, para el interés de esta independencia, es completamente irrelevante si el yo actúa necesariamente, tal como lo hace, ya sea mediante su naturaleza externa o por una naturaleza interna. El señor Krug compara al yo que actúa por necesidad natural interior y al yo que está determinado por una naturaleza exterior a nosotros, al primero con una simple flauta tocada por un artista, al segundo con un reloj-flauta que produce tonos armoniosos *por sí mismos*.

De ello se desprende *también suficientemente* que la obligatoriedad del pensamiento idealista no habría que tomarla tan en serio; toda teoría filosófica puede estar relacionada con una buena voluntad y una disposición moral (en cambio, el antropomorfismo de la imaginación, el politeísmo, p. 112, es una abominación tanto mayor para él; lo declara totalmente incompatible con la moralidad). Aunque el interés de la independencia no quede suficientemente satisfecho por el idealismo trascendental, ha ganado mucho para el interés *especulativo* de la razón; aquí todo es luz y claridad, el yo deja y ve surgir todo ante sus ojos; pero la tarea principal no está resuelta. El señor Krug, por ejemplo, ve a dos personas, un europeo y un moro, y se siente obligado a imaginar a uno con la piel blanca y al otro con la piel negra; o quisiera salvar a un individuo de un peligro mortal, pero las inundaciones son furiosas o las llamas arden, etc. — en la incomprendibilidad de las barreras, la Doctrina de la ciencia permanece atascada, como *se presupone* de toda filosofía.

La última carta en la que el señor Krug opina, en forma barata y sabia, sobre la concordancia y discordancia del sistema kantiano, diciendo que sería mejor, por el momento, abstenerse por completo de juzgar en este asunto, la termina con la expresión: *ignavum fucos pecus a praesepibus arce*<sup>4</sup>, que probablemente sigue siendo aplicable a muchas personas en las que el señor Krug no estaba pensando cuando lo escribió.

4 «Expulsa del pesebre a los zánganos, al ganado perezoso»; cf. Virgilio, Geórgica IV, 168.

Es bastante similar el lado polémico del contenido de las *Cartas sobre el más reciente idealismo*, dirigidas contra el sistema de la filosofía trascendental de Schelling; – sólo que el autor dice en el prefacio que aquí se ha dado un paso más en cuanto a la exposición *abierta* de sus propias convicciones.

También hay que contar en la apertura de la exposición con el hecho de que el señor Krug presenta aquí sus objeciones con más audacia y demuestra en el sistema de Schelling – no es en realidad previsible cómo el señor Krug pueda llamarlo *nuestro* idealista trascendental– incoherencias imperdonables, contradicciones palpables, *sinsentidos*, etc.

El señor Krug parece haber visto alguna luz sobre la *limitación* originaria, a partir de la construcción de los modos de acción del yo desde las actividades contrapuestas o desde la diferencia originaria, y el señor Krug no se deja oír sobre la necesidad absoluta de poner la razón como sujeto y objeto y, por tanto, la limitación. Pero tanto más se adhiere ahora a la *determinación* que se admite como lo inexplicable e inconcebible de la filosofía.

*En primer lugar*, le parece contradictorio que en la filosofía no se deba presuponer nada en absoluto y, sin embargo, se presuponga el absoluto  $A = A$  como identidad absoluta y como diferencia a partir de la cual se construye toda finitud.

Esta contradicción es precisamente la que el entendimiento común encontrará siempre en la filosofía; el entendimiento común coloca lo absoluto exactamente en el mismo rango que lo finito y extiende a lo absoluto las exigencias que se hacen con respecto a lo finito. En filosofía, pues, se exige que no se proponga nada sin demostrar; el entendimiento común encuentra inmediatamente la inconsistencia que se ha cometido, encuentra que el absoluto no ha sido demostrado; – con la idea de lo absoluto se pone inmediatamente su ser, pero el entendimiento común sabe objetar: puede muy bien pensar en algo, hacerse una idea de algo, sin que sea necesario que este pensamiento de algo tenga al mismo tiempo una existencia, etc. Así, el señor Krug le reprochará a la geometría que no sea una ciencia completa en sí misma como lo pretende, pues no demuestra la existencia de un espacio infinito en el que traza sus líneas. – ¿O considera el señor Krug que Dios o el Absoluto es una especie de hipótesis de la que es culpable la filosofía, al igual que una física se permite la hipótesis de un espacio vacío, una materia magnética, eléctrica, etc., en lugar de la cual otra física puede a su vez volver a establecer otras hipótesis?

La *segunda* incoherencia que le llama la atención al señor Krug es que se promete que todo el sistema de nuestras representaciones debe ser deducido; y aunque él mismo ha encontrado un pasaje en el idealismo trascendental en el que se explica expresamente el significado de esta promesa, sin embargo no puede abstenerse una vez de olvidar por completo que aquí estamos hablando de filosofía. El señor Krug no puede abstenerse de entender el asunto como la plebe más mezquina y de exigir que se deduzcan todos los perros y gatos, sí, incluso la pluma del señor Krug, y como esto no sucede, se le ocurre que

habría que recordarle a su amigo el parto del monte y el muy pequeño ratoncito<sup>5</sup>; *uno no tendría* que haber dado la apariencia de querer deducir todo el sistema de representaciones.

Es gracioso ver que el señor Krug, por lo demás tan delicado, sin embargo no quiere tomar al pie de la letra al filósofo que se otorga a sí mismo la apariencia de un maestro en filosofía; sino que solo exige *algo poco*, únicamente la deducción con una representación determinada, por ejemplo, de *la luna* con todos sus rasgos, o de una rosa, de un caballo, de un perro, o de la madera, del hierro, de la arcilla, de un roble, o incluso sólo de su pluma. Pareciera como si el señor Krug quisiera facilitarles las cosas a los idealistas con tales exigencias, con sólo entregarles un punto subordinado del sistema solar, la luna, o, como algo aún más ligero, su pluma. Pero, ¿no capta el señor Krug que las determinaciones inasibles en el idealismo trascendental pertenecen a la filosofía de la naturaleza, de cuya diferencia con el idealismo trascendental parece no saber nada en absoluto, en la medida en que no se puede hablar de ellas en filosofía –como tampoco de la pluma del señor Krug? En este último puede encontrar una «deducción» [Dedukzion] (una palabra cuyo significado sirve aquí tan poco como su ortografía) de una de esas cosas que propone, del hierro. ¿Tiene el señor Krug una concepción tan escasa de la construcción filosófica como para pensar que la luna puede ser comprendida sin el conjunto del sistema solar, y tiene una representación tan débil de este sistema solar como para no ver que el reconocimiento de este sistema es la tarea más alta y elevada de la razón? Si el señor Krug hablara de la grandeza de esta tarea particular, o si hablara de lo que es en primer lugar el interés de la filosofía en el momento actual, es decir, colocar una vez más a Dios absolutamente al frente de la filosofía como único fundamento de todo, como único *principium essendi* y *cognoscendi*, después de haberlo colocado durante mucho tiempo *al lado* de otras finitudes o al final como un postulado que procede de una finitud absoluta, –si tenía una idea remota de esto, ¿cómo se le podía ocurrir entonces exigir la deducción filosófica de su pluma? Un perro, un roble, un caballo, una caña, son por supuesto, como un Moisés, Alejandro, Ciro, Jesús, etc., algo más excelso, y ambos conjuntos de organizaciones están más cerca de la filosofía que la pluma del señor Krug y las obras filosóficas escritas por él; la filosofía de la naturaleza le instruye sobre cómo comprender las organizaciones de un roble, de una rosa, de un perro y de un gato, y si tiene el deseo y el celo de contraer su individualidad humana al nivel de la vida de una rosa o de un perro para comprender y captar plenamente el ser vivo de los mismos, puede hacer el intento, pero no puede esperar que otros lo hagan; sería mejor que tratara de ampliar su ser a las más grandes individualidades de

5 Referencia al comentario de Erasmo a un famoso adagio de origen griego: «Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus», que sería algo como «parieron los montes, nació un ridículo ratón». Adagio I ix 14. *N. del T.*

un Ciro, Moisés, Alejandro, Jesús, etc., o incluso únicamente del gran orador Cicerón, así no podría dejar de captar su necesidad y estimar que estas individualidades<sup>6</sup>, así como la serie de fenómenos del espíritu del mundo llamada historia, son más aptas para una construcción; pero tendría que abstenerse por completo de la exigencia de deducción de su pluma para este fin, y por su ignorancia de tales cosas no tendría que preocuparse más del idealismo.

El señor Krug cree haber hecho un hallazgo extremadamente bueno con esta exigencia de deducción de algo tan determinado; se considera así completamente protegido contra el idealismo y piensa que, resolviendo este problema, el sistema idealista más reciente podría quedar a salvo de todas las anteriores objeciones; él, al menos, no dudaría en firmar inmediatamente todo el sistema con su pluma deducida; pero también está convencido de antemano de que ningún idealista del mundo haría siquiera el intento de hacerlo.

Para que se entienda bien su objeción, presenta, *por ejemplo*, a partir de la p. 34, su entendimiento del hombre en una serie de problemas ingenuos que el idealismo trascendental difícilmente podrá resolver. Tales cosas son entonces que nos vemos obligados a imaginar que nacimos en un momento determinado, que morimos en un momento determinado, que también recibimos noticias diarias a través de los periódicos de lo que ocurre en el mundo donde no estamos, etc. – Que, si la organización es el producto de la inteligencia, no se ve cómo el investigador de la naturaleza pueda llegar a regiones en las que descubre nuevas plantas, cómo necesita recorrer la tierra, etc., ni cómo la inteligencia puede producir un ciego, la enfermedad, la muerte, – en resumen, es bastante torpe no contarse entre los *fucos* [zánganos] y, sin embargo, hablar únicamente desde este tono del más mezquino sentido común. – El señor Krug aclara que ninguna falsa vergüenza le impide presentar sus objeciones, que busca sinceramente la verdad; porque no puede en absoluto pensar en la acción o en el hacer sin el ser, «por lo que soy –dice– quizás por esa misma razón absolutamente incapaz de filosofar; pero no puedo evitar que sea así, y prefiero confesar esa incapacidad que fingir una convicción que no tengo»; – pero no se presenta ninguna alternativa, ni para fingir ni para derramar el sentido común sobre la filosofía. – Además de estas contradicciones en general que descubre el señor Krug de que todo debe deducirse en el idealismo trascendental y, sin embargo, no se deducen los perros y los caballos, encuentra aún otras juntando pasajes individuales del sistema en los que se habla de puntos de vista muy diferentes y exclamando luego sobre la contradicción, como en la p. 90, con las palabras de los judíos: «Ahora bien, ¿qué otro testimonio necesitamos de que *nuestro* sistema es un idealismo trascendental dogmático? Lo hemos oído de su propia boca»<sup>7</sup>.

6 A: «y la construcción de estos individuos».

7 Referencia a la respuesta dada por los judíos a la pregunta de Pilatos en el evangelio de Lucas 27, 11. [N. del T.]

Uno de los pasajes que destaca el señor Krug habla de la limitación originaria o del yo que se pone en contraposición como sujeto y objeto, por lo que se dice que un sistema que suprima este fundamento sería un idealismo trascendental dogmático. El otro pasaje se refiere a la época del desarrollo de la autoconciencia, en la que lo subjetivo y lo objetivo se separan para el yo mismo; para este punto de separación el límite no se encuentra ni en el yo, que ahora está determinado como subjetivo, ni en la cosa, – no se encuentra, así se expresa, en ninguna parte, es simplemente porque lo es; aparecerá simplemente como accidental con respecto tanto al yo como a la cosa. El señor Krug lo explica así: no hay ningún fundamento para la limitación.

De tales aclaraciones se ve que el señor Krug no conoce ni siquiera de manera superficial el sistema, del que declara que es su obligación examinarlo a fondo antes de atreverse a juzgarlo abiertamente; por lo demás, si supiera que la conciencia debe construirse, podría saber de antemano, sin necesidad de buscar un lugar especial, que debe ocurrir una acción de la inteligencia en la que el límite para el yo y la cosa aparece como accidental, como sin fundamento.

Después de haber exhibido el modo de examen del señor Krug, hay que mencionar que al final de las *Cartas sobre la Doctrina de la ciencia*, desde la p. 61 hasta el final, se adjunta como apéndice un tratado sobre la creencia religiosa, y a éste un apéndice y de nuevo una adición; el conjunto se refiere a los ensayos de Fichte sobre la religión. Puesto que el señor Krug declara aquí expresamente –lo que hace sin ninguna explicación expresa– que quiere dejar totalmente al margen en esta investigación el punto de vista trascendental, que sólo puede ser propio del filósofo como tal y que ya ha sido *examinado* por él detenidamente (nos encontramos con que el señor Krug no ha hablado de él en modo alguno), no tenemos entonces nada que decir sobre estas elucubraciones del corazón y del entendimiento humano. Son particularmente penetrantes los arrebatos de su ardiente celo contra los paganos y su más crasa superstición, que es rotundamente contraria a la religión del buen comportamiento; van en contra del hecho de que en uno de los ensayos de la Revista filosófica se diga –con lo que el señor Krug considera un cierto atrevimiento poco compatible con la dignidad del tema– que la religión puede coexistir tanto con el politeísmo y el antropomorfismo como con el etc.; ¡a qué aventuras, exclama el señor Krug, no puede tentar incluso a una buena cabeza la adición a brillar a través de las paradojas!

En cuanto a las *propias convicciones* del señor Krug, pide «un examen especial de las mismas, ya que está ocupado con una nueva *filosofía fundamental*, en la que tal examen *podría quizá serle de utilidad*»; sólo en las *Cartas sobre el idealismo trascendental* y en el *Organon* el señor Krug se manifiesta al respecto, lat. *urceus exit*<sup>8</sup> (el ánfora real, sin embargo, va a ser una obra sobre toda la filosofía en 8

8 La expresión se refiere a un verso de Horacio *Ars poetica* 21-22: «Se comenzó a modelar un ánfora. ¿Por qué al girar el torno sale un cántaro?» [N. del T.]

volúmenes, a saber, 7 volúmenes de contenido y un volumen de índice de materias, a lo cual el señor Krug le añade el esbozo del *Organon* como una corona). Para captar el punto central de estas convicciones, tomamos lo que el señor Krug denomina lo principal de las mismas o su sistema; pues en nuestra conciencia (*Organon*, p. 75) hay una síntesis trascendental originaria entre lo real y lo ideal, y aquel sistema que reconoce y afirma esta síntesis trascendental sin querer explicarla –porque para explicarla habría que partir de lo uno o de lo otro, y superar así la síntesis misma– lo denomina sintetismo trascendental, que es entonces realismo trascendental e idealismo trascendental en inseparable conjunción. – Son palabras que no suenan mal. Sólo hay que examinar cómo comprende realmente el señor Krug esta síntesis de lo real y lo ideal; porque la palabra síntesis no aclara el asunto. Según el *Organon*, p. 25, la síntesis originaria es la conciencia; la conciencia, sin embargo, no es el yo, sino que está *en el yo*.

Escuchemos al señor Krug hablar más sobre el yo; en todas partes es un entusiasta mecenas del yo contra los adversarios de la Doctrina de la ciencia, no tiene nada contra el yo como punto de partida de la filosofía; toda ridiculización del mismo es mezquina y de mal gusto, etc. Asimismo, hace del yo el verdadero principio del conocimiento; comenta que el idealismo trascendental se sustenta en la independencia del yo *o de la razón* y que él mismo está interesado en esta independencia. En el señor Krug, sin embargo, el yo se separa de la razón; sólo aparecen en esta narración el uno como aclaración del otro; por lo demás, en las tres obras que nos ocupan, en la medida en que tienen alguna conexión con la filosofía, *tampoco la palabra razón* es utilizada por el señor Krug; salvo en las *Cartas sobre la Doctrina de la ciencia*, se la encuentra algunas veces en genitivo o p. 45 en un sentido similar – (sobre lo que también llamamos la atención del señor Krug, para que no encuentre en los siete volúmenes de las ciencias filosóficas que la razón no aparece en modo alguno o sólo en genitivo y, por lo tanto, este asunto no se encontraría en el índice de materias, el octavo volumen). El señor Krug ha superado esta conformación del yo o de la razón, pues la razón no podría convertirse en una cosa; pero que el yo sea una cosa es uno de los principios fundamentales de este sintetismo, que él demuestra frecuente y elegantemente (p. 80 sobre el idealismo trascendental): donde *percibimos* un actuar, *tenemos* que suponer también un actuante, esto es, *por así decir*, establecer un sujeto con cierta realidad del que procede la acción; o en el *Organon*: hay un yo que es el *sujeto* de la actividad, *pues* la realidad efectiva sin sujeto de la actividad no puede ser pensada, *como a cualquiera*, asegura el señor Krug, le *será enseñado* por su conciencia *en cuanto quiera hacer el intento de pensar algo*. El señor Krug da una especie de prueba de que el *principium essendi* o el principio real del conocimiento es un sujeto cognoscente; *porque*, dice, si no hubiera tal sujeto *allí*, no habría conocimiento.

Ahora en esta *cosa* está la conciencia, y esta conciencia es una colección de infinitos asuntos. El señor Krug cuenta entre ellos un principio de no

contradicción, un cierto principio práctico, a saber, la ley ética, además un Alejandro que fue un gran héroe, un Cicerón que fue un gran orador, y un número infinito de cosas de este tipo (p. 14), –cosas todas que no están contenidas en la proposición  $Yo = Yo$  o  $A = A$  y que a su vez significan hechos múltiples de la conciencia. Estos hechos infinitamente múltiples de la conciencia se encuentran, en efecto, todos en el yo, en el que entran de manera inaprehensible, pero por supuesto como un caos sin ninguna unidad ni orden: todo está revuelto como los excrementos de los ratones y el cilantro<sup>9</sup>.

Entonces interviene una razón en el genitivo y aporta (p. 76 y s.) una unidad formal, ordena la confusión y la une subordinándola a un determinado principio como su punto de unificación; – no como si todos los conocimientos individuales pudieran y debieran derivarse de él según su *contenido*, sino que sólo los conocimientos individuales en su multiplicidad deben referirse a él como a una cierta unidad, *al igual* que en una bóveda todo se refiere a la piedra angular como el punto más alto y último de la unificación, aunque este punto no puede contener al mismo tiempo el fundamento de la bóveda en sí mismo; – y *tal vez*, opina el señor Krug, la doctrina de la ciencia tenía precisamente esto en mente cuando colocó la proposición  $Yo = Yo$  en la cima de sus investigaciones, y este  $A = A$  sería una representación simbólica de esa armonía, el más alto principio formal de la filosofía, que, sin embargo, ya presupone principios materiales en otras partes, hechos de conciencia aprehendidos en conceptos y representados en proposiciones. – Ese *tal vez* hace honor a la precaución del señor Krug; ciertamente no quería asegurarlo.

Ahora se ve también que cuando el señor Krug se volvió contra el idealismo trascendental a causa de su limitación original, no se preocupaba por la liberación de la limitación, sino por encontrar en él una licencia para la infinita cantidad de limitaciones de la conciencia empírica y mostrar que este sistema no era ni un pelo mejor que su sintetismo, que establece una cantidad infinita de limitaciones de la conciencia; por su parte, el señor Krug (*Cartas sobre el idealismo trascendental*) sostiene que de ningún modo es una deshonra para el filósofo admitir de entrada que hay cosas más elevadas que toda la sabiduría humana; – querer salir de su conciencia y estar más allá de ella le parece tanto como querer superar su conciencia y, sin embargo, retenerla en el mismo acto por el que es superada. – Pero, ¿piensa el señor Krug que la reflexión filosófica es otra cosa que la superación de la conciencia y la retención de la misma en un mismo acto?

Al hacer de la conciencia empírica el principio de su especulación, el señor Krug se cree con todo derecho a pensar que lo que encuentra en su conciencia empírica debe ser completamente cierto; debe pensar el yo como cosa, y por lo tanto es una cosa. Ponemos como real lo que tenemos que pensar como necesario; así es como han procedido los físicos y los matemáticos en sus ciencias

9 Goethe, *Ein Fastrandsspiel von Pater Brey*.

desde tiempos inmemoriales (p. 82), y nadie hasta hoy les ha reprochado este procedimiento; sí, ¡hasta el idealismo trascendental procede así en cientos de lugares! ¿Por qué no se les permite a los opositores hacerlo?, ¿*ego homuncio non fecerim?*<sup>10</sup> – Sólo que el señor Krug olvida que cuando las matemáticas, la física y el idealismo se preguntan qué hay que pensar, no se dirigen a la conciencia empírica en la que se mueven los perros y los gatos, las plumas del señor Krug y el gran orador Cicerón, etc. – De acuerdo con lo dicho hasta ahora, el sintetismo del señor Krug debe pensarse de la siguiente manera: imaginemos una jarra<sup>11</sup> en la que el agua reinholdiana, la cerveza añeja kantiana, el almirante iluminador llamado berlinismo y otros ingredientes semejantes están contenidos por alguna casualidad como hechos; la jarra (*Krug*) es lo sintético de estos = yo; pero ahora alguien interviene y aporta una unidad a ese revoltijo separando las cosas, oliendo y saboreando una tras otra o, como se debe hacer esto, principalmente escuchando de otros lo que ha sucedido, y ahora haciendo una narración de ello; esto es ahora la unidad formal o la conciencia filosófica.

Esta es la esencia del sintetismo krugiano, y no es tan fácil de descubrir, por más que esté ahí abierta y flagrantemente, ya que este sistema, como debe hacer un verdadero sistema filosófico, abarca a todos los demás por igual dentro de sí mismo: puesto que el ser y el pensar están unidos en la conciencia empírica de un modo inconcebible, de modo que una filosofía verdadera, sobria y modesta no debe ir más allá, el señor Krug considera que su sistema es de un mismo parecer con el de Jacobi; no le faltan los conceptos kantianos *a priori*, y, como hemos visto, es también un entusiasta mecenas del yo del idealismo.

Además, en lo que se refiere a la consideración histórica de lo propio de este sistema, se recuerda necesariamente el sistema más antiguo y bastante idéntico del señor [C. C. E.] Schmid (*Philosophisches Journal*, año 1795, cuaderno 10) (como también el reseñador del *Organon* en la *Allgemeine Literatur-Zeitung* [1801, Vol. 3, n° 207]), un sistema del que no se podía pensar que, después de que el propio inventor del mismo hubiera renunciado a su ejecución, fuera despertado nuevamente de su ruina por otro. Se ha cumplido lo que Fichte predijo entonces (*Philosophisches Journal*, año 1795, cuaderno 12)<sup>12</sup>, que este descubrimiento habrá sin duda de ser utilizado; sólo cabe esperar que quienes lo utilizan le dejen al verdadero inventor el honor de inventar y, como él prefiere, el honor de encontrar, y se comporten mejor con él que con otro célebre escritor de filosofía, cuyos escritos son la verdadera fuente de su kantianismo y a quien, sin embargo, sólo unos pocos muestran la gratitud debida. – El señor Krug no

10 «... ¿acaso no debería hacerlo yo, hombrecillo?», cf. Terencio, *El Eunuco*, v. 590 s.

11 Hay aquí un juego de palabras. En alemán el nombre del señor Krug es el mismo que se emplea para el objeto jarra (*der Krug*). [*N. del T.*]

12 «Comparación con los datos del sistema de la Doctrina de la ciencia del Prof. Schmid», SW, vol. II, p. 421 y ss.

es del todo culpable de este error de ingratitud contra Reinhold, pero éste está lejos de recibir toda la justicia. En su *Organon*, p. 33, el señor Krug dice que la *Teoría*<sup>13</sup>, cuando postulaba la conciencia como fundamento del conocimiento filosófico, *no estaba en realidad tan alejada* de la verdad como han afirmado algunos de sus críticos; pero sólo se equivocó (el señor Krug ha dado en el blanco) al presuponer que todo el conocimiento filosófico debe edificarse o derivarse de un solo hecho de conciencia. Pero a decir verdad el señor Krug comete una injusticia con la *Teoría*, pues con la concreción de las representaciones, que también está contenida en ese único principio de conciencia, debe entrar la multitud de hechos de conciencia tan infinitamente múltiples como el señor Krug puede exigir que sean.

Además, Fichte dijo de este mismo sistema del sintetismo que correspondía extraordinariamente a la necesidad más urgente de la época; la filosofía de Kant había causado furor, y muchos buscaban algo especial detrás de ella. A través de ese sistema se eliminan todas las dificultades de una vez; el mundo está allí listo sin que intervenga la razón. El idealismo crítico adquiere un significado *tan fácil* de captar; con él no se afirma nada más que la *capacidad de llevar nuestro conocimiento a un sistema*. – Ahora que hemos obtenido la explicación, solo queda lo maravilloso de cómo ha podido surgir tanto ruido sobre la nada, cómo Kant ha podido hacer tan poderosos preparativos para demostrar la sencillísima proposición de que podemos razonar sobre las cosas del mundo. – Lo que se hizo entonces con respecto a Kant, el señor Krug lo ha realizado para el sistema fichteano, mostrando que yo = yo significa el principio de la identidad originaria del yo, de la que sólo nos puede instruir la conciencia de nosotros mismos que *acompaña todas mis* actividades y a través de la cual las reconozco como *mi* actividad; en resumen, que la identidad hay que situarla en el hecho de que todos los hechos de conciencia están *en mí* y en ningún extraño. – Sin embargo, el señor Krug se contenta con presentar esta explicación de Yo = Yo con un *tal vez*, pues «tal vez» Yo = Yo también podría querer expresar otra cosa.

En el tercer párrafo en el que demuestra que debe haber un solo principio real, el yo, pero varios principios ideales, el señor Krug sienta en detalle las bases de esta filosofía fundamental de sus convicciones; en la continuación, pp. 19 y 77, afirma haber *exhibido* aquí la mayoría de los principios; sin embargo, el comienzo de la nota final de este párrafo, p. 15, dice lo siguiente: «*Dudo mucho*, por tanto, de que uno [como opina Schelling] salga alguna vez del círculo mágico en el que nos sitúa la investigación de los principios del conocimiento filosófico, por la suposición de un principio absoluto supremo que exprese todo el contenido y toda la forma de la filosofía, etc.» (de Schelling, *Sobre la posibilidad*

13 K. L. Reinhold, *Versuch einer neuen Theorie des menschlichen Vorstellungsvermögens*, Praga y Jena 1789.

*de la forma de la filosofía en general* [Tübingen 1795, p. 18]). Si el señor Krug quiere basar una obra de 8 volúmenes de ciencia filosófica en esto, ¿cómo puede su modestia y sobriedad seducirle hasta el punto de que, habiendo demostrado el principio de sus convicciones, *sólo dude* del principio contrapuesto?

Con un hecho principal de la conciencia, a saber, el mundo exterior, el señor Krug no llega más allá de extraer el resultado, p. 40, de que si la suposición de la realidad del mundo exterior no puede demostrarse directamente, sin embargo, indirectamente, es decir, por medio de la reflexión sobre la afirmación recíproca, se puede decir *mucho* para la justificación de esa creencia; a saber, que esta creencia y presuposición es tan necesaria y natural para todo hombre que incluso el idealista más resuelto no puede desprenderse de ella, *pues cree en ella tan pronto como no especula*. – Y de esto se deduce, p. 47, que la creencia en el mundo objetivo es mucho *más racional* que la afirmación de lo contrario.

Las simples y populares representaciones expuestas, en las que consiste el sintetismo, las ha constreñido el señor Krug en botas españolas<sup>14</sup> de principios reales y de principios formales ideales, así como también de principios materiales ideales, ha citado con diligencia escritos de Fichte, de Schelling, el *Philosophisches Journal*, sus propias obras, ha dividido el todo en párrafos y notas especiales No. 1, 2, 3, etc. – en resumen, mediante todos estos artificios la causa de su sentido común se ve de nuevo privada de parte de la popularidad e inteligibilidad que tiene en sí misma y que constituye uno de sus principales méritos, hasta el punto de que, si este sentido común puesto en párrafos fuera realmente filosofía, habría que lamentar nuestros tiempos y nuestras costumbres, que no le permiten dirigirse, como Sócrates, a todo hombre distinguido y común; el señor Krug debería conseguir en poco tiempo que todo el público no formado se convierta en filósofo. Esta filosofía es también excelente para los escépticos, como el propio señor Krug se da cuenta: «Si yo –dice– sólo he aprehendido correctamente los hechos de mi conciencia y los he presentado de forma comprensible, ningún filósofo del mundo podría negar los principios que he establecido; incluso el escéptico tendrá que admitirlos».

Cuando el señor Krug indica al final del *Organon* (donde también se nos señala que este *Organon* no es todavía realmente el *Organon*) que, si sus principios tuvieran la suerte de recibir el aplauso de los entendidos, no tendría inconveniente en elaborar un sistema de filosofía en ocho volúmenes, como ya había hecho saber a sus amigos en un anuncio privado, – sólo le damos a considerar, por un lado, que en siete volúmenes, por supuesto, se puede exponer un buen número de hechos de conciencia, pero que no es previsible cómo

14 La expresión «botas españolas» refiere a un aparato de tortura empleado por la Inquisición en el que, según cuentan las crónicas, se vertía agua hirviendo sobre las botas, con lo cual se empapaba el cuero; después las piernas y pies del prisionero, sentado y amordazado en una silla, entran en esas grandes botas de hierro o cobre atadas al suelo. [N. del T.]

incluirá en ellos los *infinitamente* múltiples hechos de conciencia filosófica, entre los que cuenta también que «ha habido un gran orador llamado Cicerón, y un gran guerrero llamado Alejandro», etc.; – por otra parte, si siete volúmenes no bastan para estos hechos, ¿dónde quedará espacio para filosofar sobre estos asuntos, ya que el octavo volumen, según la p. 112, está destinado a la literatura de la filosofía y a un índice de los asuntos filosóficos de los siete volúmenes?